á qué vine á Madrigal,
á qué voy á Portugal,
indagadlo si podeis.
Ni sabreis de mí otra cosa,
ni nadie mas de mí sabe,
solo Dios tiene la llave
del corazon de Espinosa;
y si mas de lo que digo
saber importa á la ley,
llevadme á Madrid, el rey
me conoce, Don Rodrigo.

ROD. (Su altivez en confusion
me pone, y su magestad
me asombra. ¿Será verdad
lo de la resurreccion?
Si miente, lo hace con tal
aplomo y con tanta fe,
que á poco mas le daré
por el rey de Portugal.
Mas no ha de quedar por mí:
yo he de apurar este arcano:
no dirán que de un villano
impostor juguete fuí.)

(*Llama Don Rodrigo, y habla en secreto con un alguacil que se vuelve á marchar.*)

GAB. (¿Secretos con el ministro
de justicia? Estoy al cabo:
tenemos careo: alabo
por sorprendente el registro.)

ESCENA VII.

DON RODRIGO, GABRIEL, *el* MARQUES DE TAVIRA.

(*Gabriel se aparta á un lado; y sentándose, se mantiene toda esta escena dando la espalda al Marqués.*

ROD. Señor Marqués, perdonad
si cumpliendo obligaciones
de juez. . . .

MARQ. Vuestras atenciones
os agradezco en verdad;
pero advertid que mañana
quiero dejar á Castilla,
y que el meson de una villa
no es el lugar, Santillana,
que me conviene: os prevengo
que hombre soy muy principal,
y de todo Portugal
la sangre mas limpia tengo.

GAB. (*Ap.*) Si mi mente no delira,
por Dios que está en mi presencia
la hinchada magnificencia
del buen Marqués de Tavira.

ROD. No os he de faltar en nada;
mas quiero que me digais
sin doblez cuanto sepais
de aquella fatal jornada
de Africa: corre el rumor
por ahí de que no es cierto
que Don Sebastian ha muerto;
y aun hay algun impostor
que usurpa su augusto nombre.

GAB. (*Mirándole.*) Y el gesto y el ademan:
¡Pobre rey Don Sebastian
si en manos cae de este hombre!)
ROD. Conque decid: ¿es verdad
que en Africa el rey murió?
que allá estuvísteis sé yo
con toda seguridad.
Hablad, Marqués de Tavira;
vuestra nobleza es notoria:
no echeis en su ejecutoria
el borron de una mentira.
MARQ. Inesperto capitan,
de mi edad en el vigor,
esclavo fué mi valor
de mi rey Don Sebastian.
Juntos un mismo bajel
á tierras del africano
nos llevó: como un heramno
al combate fuí con él.
Un mar de sangre corrió;
pero al partirse la suerte,
solo el baldon y la muerte
á nosotros nos tocó.
GAB. (No sé por qué la memoria
de ese lance, me enternece
y me irrita: no parece
sino que cuentan mi historia.)
MARQ. El rey que escudo y celada
tiró para mas grandeza
de valor, en la cabeza
recibió una cuchillada,
tal, que la frente serena
le rajó hasta la nariz.
ROD. (*A Gabriel.*) ¡No es mala esa cicatriz!
GAB. La cuchillada fué buena,
Segun. (*Al Marqués.*)

MARQ. El rey nuevo Marte
de tan sangrienta jornada,
continuó rota la espada
defendiendo su estandarte,
hasta que el filo fatal
de un yatagan africano,
segó de su izquierda mano
dos dedos.
ROD. (*A Gabriel.*) Si no oí mal,
me habeis dicho.
GAB. (*Con calma y sin volverse.*) Que perdí
dos dedos en un combate
naval.
ROD. Marqués, el remate
de la batalla.
MARQ. Caí
bajo un hachazo, á los piés
de mi rey. . . . y no ví mas;
perdí el sentido.
ROD. Quizás
al recobrarle despues. . . .
MARQ. Ya no le hallé: con la luna
tomé del mar el camino,
mal tratado peregrino,
caballero sin fortuna,
llevando en el corazon
el recuerdo de una hazaña
que será, no para España,
para su rey, un baldon.
ROD. ¡Señor Marqués de Tavira!
esa frase infamatoria.
MARQ. No tendrá mi ejecutoria
el borron de una mentira.
ROD. Conque en fin, ¿el rey murió?
MARQ. ¡No lo sé: por vida mia!
si lo supiera os diria,

señor Alcalde, que no.
ROD. (*Al Marqués, llevándole aparte.*)
¿Buena memoria teneis?
MARQ. Buena.
ROD. ¿Y vista?
MARQ. Perspicaz.
ROD. Si vive y le veis ¿capaz
de conocerle sereis?
MARQ. ¡Si vive habeis dicho!
ROD. Sí.
MARQ. ¿Teneis, pues, noticias de él?
ROD. ¿Recibísteis un papel
anónimo?
MARQ. Recibí
uno ayer.
ROD. ¿Y qué os decia?
MARQ. Las señas de un personage
me daban, que iba de viage,
y aquí á hospedarse vendria;
mandábanme á un comerciante
que me daria dinero
para pagar del viagero
el gasto, y que en el instante
fuera á cobrarlo y corriera
con el pago y tras el tal
viagero hácia Portugal
la vuelta sin falta diera.
ROD. ¿Y cobrásteis?
MARQ. Sí cobré.
ROD. ¿Y pagásteis?
MARQ. ¡Pues cobrado
por mí, no fuera pagado?
ROD. Perdonad: ¿é iréis?
MARQ. Iré.
ROD. ¿Luego sabeis de quién es
el anónimo?

MARQ. Aunque no
lo sé, jamas me engaño
en uno.
ROD. ¿Os ha escrito, pues,
otros?
MARQ. Varios.
ROD. Sobre asuntos. . . .
MARQ. Secretos.
ROD. Mas ¿ciertos?
MARQ. Sí.
Siempre que salieron ví
ciertos en todos sus puntos.
GAB. (*Ap.*) (¡Con famosos servidores
cuenta el rey Don Sebastian!
¡Pobres reyes, siempre dan
con tontos ó con traidores!)
MARQ. Si he concluido, no es cosa
de estarme aquí sin provecho.
ROD. Perdonadme que aun insista:
mas ya que memoria y vista
teneis, de ese hombre en acecho
estad, y del rey en nombre
os mando decir, Marqués,
si le conoceis, quién es.
GAB. (*Ap.*) Santillana es todo un hombre.
MARQ. (*Ap.*) ¡Qué diablos de juego es este!
¡Posicion mas engorrosa!
ROD. (*A Gabriel.*) Señor Gabriel Espinosa,
permitid que os manifieste
que habeis descortés andado
con el Marqués de Tavira
que está mirándoos con ira.
GAB. ¿Se lo habeis vos ordenado?
ROD. Ved que son los portugueses
quisquillosos: despedidle
al ménos: vamos, decidle

cuatro palabras corteses.
GAB. Voy, pues, que vos lo quereis.
ROD. (Yo apuraré la mentira.)
GAB. ¿Señor Marqués de Tavira?
MARQ. ¡Jesucristo!
GAB. ¡Qué teneis!
MARQ. ¡Señor. . . . sois vos. . . . aun vivís!
GAB. ¡Sí vivo! ¿pues no lo veis?
¡pero qué diablos decís!
MARQ. Ese gesto, ese ademan,
esa voz, ese semblante,
que no olvidé ni un instante!
Es el rey Don Sebastian. (*Cae de rodillas.*)
GAB. ¡Imbécil! á ser de cierto
Don Sebastian, ¿no reparas
que ántes que me delataras
á mis piés te hubiera muerto?
MARQ. ¡Jesus!
GAB. ¿Señor Santillana,
que sé, dareis por supuesto,
que sois vos quien me ha dispuesto
una farsa tan villana?
ROD. ¡Yo! ¡farsa! ¿y con qué interés?
GAB. Salta á los ojos: es fuerza
que ya la opinion se tuerza
del buen pueblo portugués.
Interesa á un impostor
ahorcar porque mas en él
no espere y soy yo, Gabriel,
el que os parece mejor.
Ya veis que os he comprendido.
Vos y ese hombre, los traidores
sois aquí y los impostores:
con él estais convenido.
ROD. ¡Yo!
GAB. Traedme otro Marqués

como ese: aunque sean doce.
Ni ese sándio me conoce,
ni es noble ni portugués.
(*Gabriel se mete desenfadadamente en su cuarto, dejando estupefactos al Marqués y á D. Rodrigo.*)

ESCENA VIII.

DON RODRIGO, EL MARQUES DE TAVIRA.

ROD. Ese hombre me va á volver
el juicio á mi. ¡Por mi vida
que está buena la salida!
no me queda mas que ver.
Mas me pone en confusion
su aplomo, su magestad
y su audacia. . . . ¿habrá verdad
en esa resurreccion?
MARQ. Sándio dijo. . . . sándio soy;
mas contenerme no pude.
ROD. ¿Es él?
MARQ. No habrá quién lo dude.
ROD. ¿Estais seguro?
MARQ. Lo estoy.
ROD. ¿Engañado no os habrán
vuestro error y su apariencia?
MARQ. No.
ROD. ¿Jurárais en conciencia? . . .
MARQ. Que es el rey Don Sebastian.
ROD. (*Llamando.*) El capitan Santillana.

ESCENA IX.

DON RODRIGO, EL MARQUES, DON CESAR.

ROD. Ruégoos que me perdoneis,
señor Marqués: mas me obliga
mi deber á hacer que el viage
suspendais.
MARQ. (Ya no podria
continuarle: ya le he visto,
y á verle nada mas iba.)
ROD. Escucha, César. (*A D. César aparte.*)
CES. Decid.
ROD. Antes de que apunte el dia
deben de partir los presos.
CES. ¿A dónde van?
ROD. A Medina
del Campo.
CES. ¿Pues qué razones
hay?
ROD. Dos: aquí la atrevida
audacia de algunos pocos
que mucho á Gabriel estiman,
pudiera hacer un arresto
y burlar á la justicia.
CES. ¿Sabeis, pues?...
ROD. Yo no sé nada.
La situacion se complica
de tal modo, que no hay ciencia
de sagacidad que sirvan
para dominarla. Doña
Ana de Austria, sobrina
del rey y abadesa ahora

de las monjas agustinas
de Madrigal, y otras muchas
personas como ella, dignas
de respeto, es menester
que declaren. En la villa
de Madrigal, peligroso
fuera instalarme: en Medina
hay cárcel segura, estoy
casi á la distancia misma
de aquí que de Madrigal
y hay algunas compañías
de arcabuceros.
CES. ¿Pues tantas
precauciones son precisas?
ROD. Todas son pocas tratándose
de una cabeza proscrita,
que puede hacer la desgracia
de toda una monarquía.
Tú le escoltarás, y luego
partirás á toda prisa
á la corte, para el rey
con una consulta mia.
Voy á mandar las literas
traer, y estar prevenida
la escolta que has de llevar.
César, la mas esquisita
vigilancia ten: con ellos
vas guardando nuestras vidas.
Adios. Seguidme si os place,
señor Marqués de Tavira.

ESCENA X.

DON CESAR, *despues* DOÑA AURORA.

D. César aguarda á que se vayan D. Rodrigo y el Marqués: escucha un momento á la puerta del fondo, y va abrir la primera de la izquierda, donde está el cuarto de Doña Aurora, llamándola con precaucion.

CES. Aurora. . . . Aurora. . . . cerráronla
en la cámara vecina
sin duda porque no oyera
lo que en esta sucedia.
(*Entra y vuelve á salir con Doña Aurora.*)
Venid, Aurora.
AUR. ¿Qué pasa,
capitan, que así os obliga
á llamarme?
(*Don César cierra la puerta del fondo.*)
¿A qué cerrais
las puertas con tanta prisa?
CES. ¡Aurora, Aurora! esta casa
es ya una cárcel sombría
para vosotros.
AUR. ¡Dios mio!
¿qué decís?
CES. De la justicia
en poder estais. Gabriel
con pertinacia inaudita
se obstina en callar, é inútil
todo es con él. Ni le obligan
las ofertas; ni le mueven

los ruegos: ni le dominan
las amenazas. Impávido
hácia el abismo camina
con el semblante sereno
y en los labios la sonrisa,
cual si pudiera de un soplo
disipar la enfurecida
tempestad en que sin rumbo
va la nave de su vida.
AUR. Capitan, es inflexible:
sus acciones son siempre hijas
de una decision resuelta
y de una conviccion íntima
y no cede.
CES. Pues os lleva
esa condicion altiva
hoy ántes que raye el alba
á la cárcel de Medina
bajo mi custodia.
AUR ¿Entónces. . ?
CES. Ya os he dicho que no habia
ley ni deber que valiera
para mí lo que una mínima
insinuacion vuestra: Habladle
vos que sois su amor,—su hija:
habladle y decidle: "huyamos:
D. César nos facilita
la fuga, huyamos. . . ." y huid,
Aurora: y ya que mi vida
por un tenebroso arcano
que vuestro padre no esplica,
está ¡ay de mí! para siempre
de la vuestra dividida;
huid, y al ménos debédmela
aunque pierda yo la mia.
Huid: nada hay que me espante:

seré traidor, si es precisa
la traicion para salvaros.

AUR. Dios hará que tal mancilla
sobro vuestro honor no caiga:

(*Mira por el hueco de la cerradura del cuarto de Gabriel.*)

él va á salir. . . . ¡que me asista
rogad al cielo! . . . y dejadme
con él. (*Vase D. César cerrando la puerta.*)
Trae embebecida
su alma en los pensamientos
de hiel que le martirizan.

(*Sale Gabriel sombrío, los brazos cruzados, sin ver á Aurora que se ha retirado á un lado, y habla consigo mismo.*)

ESCENA XI.

DOÑA AURORA, GABRIEL.

GAB. A él solo, sí, desenredar le toca
la peligrosa red que se me tiende:
solo el rey puede descoser mi boca;
él solo: si me salva ó si me vende,
él con Dios se verá, no es cuenta mia.
Yo acepto mi fortuna, tal cual sea
la que el cielo me dé; mas vendrá un dia
en que todo mortal con Dios se vea,
y en aquel dia en que de Dios espero
temblar ante el semblante soberano,
yo, de cetro en lugar, tener prefiero
una palma de mártir en la mano.

AUR. ¿Ni una mirada para mí?

GAB. Mi Aurora,
único sol, que en mi sombría frente,

disipa con la luz de una sonrisa
las nubes del pesar que la ennegrecen,
perdóname si en reflexiones tristes
abismado ante tí pasé sin verte.
Mas, ¿por qué el llanto tu mirada enturbia?
¿por qué la agitacion que te conmueve?
¿Qué te asusta, mi bien?

AUR. Riesgos traidores,
te acechan por do quier; tal vez la muerte:
¿y te admira, señor, de que mi llanto
copioso y triste mis megillas riegue?

GAB. Te engañas.

AUR. Tú: la misteriosa nube
que impenetrable tu existencia envuelve,
es fuerza que hoy ante la ley se rasgue
de un juez, terror de cuantos nobles séres
asilo hallaron, nacimiento ó nombre,
de Tajo y Miño en las riberas fértiles.

GAB. ¿Quién te lo ha dicho?

AUR. Yo lo sé.

GAB. Pregunto
quién te lo ha dicho.

AUR. El capitan que tiene
mas de leal, de noble y generoso,
que tú de franco con quien mas te quiere.

GAB. ¡Aurora!

AUR. No receles que mis labios
dejen salir palabras imprudentes,
que á impulso de un amor desatinado
compliquen mas la situacion presente.

GAB. ¿De don César, al fin, ¡desventurada!
al fuego dió tu corazon albergue?

AUR. Mi corazon entero es de otro hombre
y me son los demas indiferentes:
ni te hablara yo de él en esta hora
que habrá de ser para los dos solemne.

Yo quiero al capitan porque tú mismo
me viniste á decir: "Aurora, quiérele;"
mas yo le quiero porque tú lo mandas,
porque quiero no mas lo que tú quieres.

GAB. Quiérele, Aurora, porque ya es acaso
el solo amigo que tú padre tiene.

AUR. ¡Mi padre, sí: mi cariñoso padre...!
¿no es este el nombre que emplear conviene
en esta situacion?

GAB. Silencio, Aurora:
que es el encanto de mi vida, advierte,
ese nombre feliz.

AUR. Pero ese nombre,
dímelo de una vez, ¿te pertenece?

GAB. ¡Quién te lo hizo dudar? ¿Quién te lo dijo?

AUR. La que á tu lado y con placer mil veces
y acaso en busca de la paz perdida,
veló tu sueño y sorprendió inocente
tu secreto.

GAB. ¡Gran Dios! ¿y nada dije
de mi vida anterior? ¿de otros placeres,
de otros tiempos en fin?

AUR. Nada dijiste,
nada, señor; mas aunque dicho hubieres,
en el pecho de Aurora lo enterraras,
que en tí á sufrir como á callar aprende.

GAB. (¡Miserable de mí! porque el misterio
que intentan aclarar oculto quede
siempre en mi corazon, ¿será preciso
que yo mismo la lengua me cercene?)

(*Gabriel escucha desde aquí como distraido en sombrías reflexiones.*)

AUR. Padre.

GAB. Esplícate, Aurora.

AUR. Oye: al impulso
de una curiosidad impertinente,

ó de otro sentimiento inesplicable
que en mí se agita y que en mi alma enciende
la misteriosa luz de una esperanza
lejana, incierta, misteriosa, débil,
cedí, señor; y en la callada noche
mi lecho abandoné.... porque á mi mente
mil visiones de amor se amontonaron
en confuso tropel, puras y alegres,
como las olas que la mar en calma
sobre sus lomos incansable mece:
como las aves que en el árbol saltan
trinando al son de la escondida fuente.

GAB. Prosigue, Aurora.

AUR. Abandoné mi lecho,
y al tuyo me acerqué, como quien teme
ser sorprendido en criminal intento,
por un estraño que á su lado duerme.
Tu faz un punto contemplé, y mi labio
un ósculo filial puso en tu frente.
¿Me oyes, Gabriel?

GAB. Prosigue, Aurora mia;
tu voz la voz de un ángel me parece.

AUR. Al contacto sutil del labio mio
sonreiste, señor; y tu voz débil
oí que el nombre mio murmuraba
entre esos ayes con que el mar divierte
de una pasion el que vivió en el mundo
secretos hondos ocultando siempre;
y entónces supe por la lengua misma
que hablar en sueños indiscreta suele,
que si es la tuya misterioso arcano,
espesa sombra mi existencia envuelve.

GAB. ¿Y entónces?

AUR. Me aparté ruborizada
de quien mi padre no es: sentí mas fuerte

latir mi corazon: sentí otra sangre
circular por mis venas mas ardiente:
sentí en presencia del mayor cariño
mi cariño filial desvanecerse,
y al apartarme de tu lecho trémula
un ósculo de amor grabé en tu frente.

GAB. No lo digas jamas, Aurora mia.
Jamas á nadie tu pasion reveles:
quema los labios que en mi frente seca
pusiste: quema el corazon rebelde
que, el cariño filial de sí arrojando,
dió á mi cariño en su lugar albergue.

AUR. Es ya tarde, Gabriel: mi amor es hijo
de tu callado amor.

GAB. Tú lo mereces:
tú eres la sola flor que brotar hizo
en mi camino Dios. . . Dios que al ponerme
sobre la tierra me alfombró de espinas
la senda que mis piés recorrer deben;
pero yo no merezco tu amor santo;
yo soy un árbol, cuyo tronco estéril
despojado de vida por el rayo,
ya ni sombra, ni flor, ni aroma tiene.

AUR. No, no: tú eres un árbol cuya sombra
cobijó mi niñez; cuyo ámbar bebe
mi pobre corazon, de quien tú solo,
sombra, delicia y alimento eres.
Dios me entregó á tus brazos en mi infancia,
porque Dios quiso que en tu pecho ardiente
brotase, para encanto de tu vida,
de esta pasion correspondida el gérmen.

GAB. Tienes razon, Aurora; reconozco
en tu amor la piedad Omnipotente.
Tienes razon, Aurora; Dios del cielo
te envía. . . . un ángel de los cielos eres.

AUR. Escúchame, Gabriel.

GAB. Habla.

AUR. En el nombre
de esa pasion que en nuestras almas hierve,
desaparezcan hoy esos misterios
que nuestras dos historias oscurecen.

GAB. Imposible.

AUR. No temas que me espante,
Gabriel, ni me arrepienta, conociéndote,
de haberte amado nunca.

GAB. Es imposible.

AUR. Habla. Dime quién soy: dime quién eres.
Si eres villano y en tus venas viles
la sangre impura y maldecida tienes,
de raza hebrea ó de morisca tribu,
yo te amaré, Gabriel: si reales puedes
ostentar de tu estirpe en el escudo
coronados y espléndidos cuarteles,
yo te amaré, Gabriel: si eres acaso
criminal fugitivo, y por mí temes
de un patíbulo infame la deshonra,
yo te amaré, Gabriel: llama, si quieres,
á un sacerdote, y que con lazo eterno
anude nuestras almas, y no pienses
que el deshonor de criminal memoria
me humille: te amo con amor tan fuerte,
que oraré, miéntras viva, en tu sepulcro,
orgullosa del nombre que me dejes.

GAB. ¡Calla, Aurora, deliras!

AUR. Un momento,
Gabriel, óyeme aún, no te impacientes.
Si eres un impostor, un ambicioso,
cogido al fin entre sus propias redes,
huyamos; tienes ocasion y tiempo:
sí, nuestra fuga el capitan protege;
huyamos, nuestro amor y nuestra infamia

arrastrando á remoto continente.

GAB. ¡Aurora!

AUR. Hoy á la cárcel de Medina
rayando el alba trasladarnos deben,
y el capitan que en nuestra guarda parte....

GAB. Silencio, Aurora. ¿Deshonrarle quieres
para salvarte tú? ¿Sabes que si huyo,
cuando en su guarda el infeliz me lleve,
morirá en mi lugar, y que al fugarme
me doy por criminal siendo inocente?
Yo no huiré jamas: ni sé, ni quiero,
ni nací para huir: ya muchas veces
la he visto cara á cara, y en el pecho,
no por la espalda, me herirá la muerte.

AUR. Hiéranos á los dos un mismo golpe.

GAB. Tú no debes morir; aún que hacer tienes
sobre la tierra.

AUR. ¿Qué, sin tí?

GAB. Llorarme.

AUR. ¿Me lo mandas?

GAB. Yo no; Dios: obedece.
Dios me pone en los labios un candado;
no lo intentes romper. Pura, inocente,
noble eres tú: si á deshonrada tumba
mi silencio me lleva, Dios lo quiere.
Incliua, Aurora, la cabeza humilde,
bajo la voluntad Omnipotente,
y ora en mi tumba, sin vergüenza, Aurora;
mártir me quiere Dios, y obedecerle
es fuerza: vive; y si te dice el mundo
que he sido un impostor, el mundo miente.
Yo no he dicho jamas que era el que buscan,
y á mor r me enviarán sin conocerme.
Ora en mi tumba sin vergüenza, y ora
miéntras los hombres libertad te dejen;
y si te culpan como á mí, en silencio

digna siempre de mí, como yo muero.

AUR. ¿Tú me lo mandas? Obedezco: sea,
Gabriel: digna de tí quiero ser siempre.

ESCENA XII.

DOÑA AURORA, GABRIEL, DON CESAR, *despues* DON RODRIGO.

CES. Don Rodrigo sube.

GAB. (*A Don César.*) Oid
ántes. Si en algo apreciais
á Aurora, ved cómo enviais
ese papel á Madrid.

(*Gabriel da una carta á Don César que la toma rápidamente.*)

CES. Sabeis que mi fe la aprecia
en mas que mi mismo honor.
Yo le llevaré.

GAB. Al señor
embajador de Venecia.

ESCENA XIII.

Dichos, un ALGUACIL, *despues* DON RODRIGO.

ALG. (*Entrando.*) Su señoría.

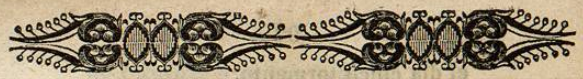
GAB. Aguardamos
sus órdenes.

ROD. (*Entrando.*) Os espera
allá abajo una litera,
señor Gabriel.

(*Gabriel tomando de la mano á Doña Aurora, y dirigiéndose á la puerta, dice:*)

GAB. Pues partamos.
ROD. ¿Ni inquirís á dónde vais
ni tomais vuestro equipage?
GAB. Vos que disponeis mi viage
sabreis cómo me llevais.
ROD. Conmigo.
GAB. Pues ya tardamos.
ROD. Vuestros cofres van con sellos.
GAB. Haced lo que os plazca de ellos.
ROD. Pues cuando gusteis.
GAB. Pues vamos.
(*Vanse, delante Gabriel con Doña Aurora, luego Don Rodrigo y Don César.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Sala de juicio en la cárcel de Madrigal, decoracion ochavada; puerta en el fondo, balcon á la derecha, al mismo lado en la segunda caja, puerta del calabozo de Gabriel, puertas á la izquierda de otros calabozos, mesa con papeles, plumas, etc.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO *y el* ESCRIBANO, *sentados á la mesa.* GABRIEL *al otro lado en un sillon reclinado tranquilamente y como ageno de lo que pasa á su rededor.*

ESC. Señor, no duerme.
ROD. ¿Y qué mal
hallais en que esté despierto?
ESC. Que escucha.
ROD. Es un hombre muerto;
que escuche ó no ya es igual.
Seguid leyendo.
ESC. (*Tomando un papel de la mesa.*) Un oficio
del doctor Don Juan de Llanos.
ROD. ¿Qué dice?
ESC. Que siendo vanos
interrogatorio y juicio,
mandó dar á fray Miguel